



Relatos

366

11

LUCIO Y LAS VELAS MÁGICAS

La familia de Lucio debía mucho dinero a familias adineradas Italianas, casi todas de Roma. Su padre quería construir un teatro en la ciudad, harto de las largas y lamentables matanzas de esclavos y mendigos en los gladiadores.

El sueño de su padre fracasó y el dinero no volvió. Los soldados entraron en la casa, mataron a su padre y casi a él. Por suerte Lucio era ágil y menudo, así que se escondió en el impluvio tapándose por entero con las hojas caídas de los árboles del peristilo.

Cuándo los soldados pasaron de largo Lucio pudo escapar escalando por el atrio.

* * * *

Durante la primera noche de su huida Lucio tuvo frío.

El invierno estaba siendo duro y solo había bebido agua las últimas horas.

A no más de varias millas Lucio encontró refugio seguro y apartado.

Al cobijarse en una pequeña cueva quedó sobresaltado. Todas las rocas que formaban la caverna estaban invadidas por una bella rosa de pétalos color violeta, parte azules y parte blancos, con un difuminado muy llamativo y largos estambres amarillos.

La humedad de la gruta hacía a las rosas desprender un perfume halagador que hacía la estancia acogedora.

Lucio tenía frío, así que, mientras arrancaba una de las bonitas flores pensó que sería una buena idea encender una buena fogata en la caverna...

ii Voila !!

Una buena fogata ardió en la caverna con abundante leña seca ignorando la ventisca que surcaba los Alpes en el exterior.

* * * *

Aquel descubrimiento fue la salvación para el pequeño Lucio. Roma le perdonó las deudas heredadas de su padre y le otorgó el puesto de vigía y cuidador de tan mágicas plantas.

El chico se convirtió en el ojito derecho de César Augusto por mucho tiempo. Algunos años más tarde, el año 17 a.c. César culminó victorias importantes en el campo de batalla y pudo, por fin, conquistar Hispania tras la rendición de Cántabros y Astures quién sabe si ayudado por el poder de las rosas mágicas.

Dieciocho mil doscientas cincuenta rosas después Lucio estaba desesperado. Las arrugas habían colonizado su rostro y su alma. Aquellas flores azuladas habían dejado de parecerle bellas y su olor le resultaba pedante y dulzón.

Harto, Lucio subió una vez más a la caverna mágica donde crecían las flores.

Poco quedaba del aquél muchacho asustado. Una densa barba blanca había poblado su perezoso rostro y el aburrimiento y la abulia eran sus compañeros de habitación. Sus uñas y sus pelos crecían sin control como si fuese ya un cadáver.

Aquella noche sus pensamientos eran muy negativos y deseaba ser liberado de sus fatigosas e interminables guardias.

Lucio despertó en medio de los Alpes una fría mañana de Septiembre. La caverna de las flores mágicas había desaparecido.